

ALEJANDRO MARTINEZ SIERRA
Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

**LA DEVOCION MARIANA
Y LA RENOVACION INTERIOR:
DEL VATICANO II A LA ENCICLICA
«REDEMPTORIS MATER» ***

I. EL CONCILIO VATICANO II

El Concilio Vaticano II, al encuadrar la figura de María en el marco de la Historia de la Salvación, señalaba nuevos caminos tanto a la especulación teológica como a la espiritualidad mariana. Si la Mariología anterior a él había sido preferentemente deductiva y enfocada a agrandar y ensalzar las prerrogativas marianas, la Mariología posterior se ha centrado, de una manera especial, en analizar los datos referidos a María que están contenidos en la Sagrada Escritura, sirviéndose para ello no sólo en los métodos exegéticos modernos, sino también de esa luz inconfundible que brota de la fe de la Iglesia. Al mismo tiempo se ha insistido en interpretar la figura de María desde el único plan de salvación, que abarca a todos los hombres. También a María.

Es de sobra conocido por todos que no fue intención del Concilio aumentar las verdades marianas, comúnmente admitidas en la Iglesia, ni hacer una exposición completa y exhaustiva de las mismas (cf. LG 54). Esta intención no fue impedimento para que el Concilio marcara pautas nuevas, que han contribuido sobre manera al cambio de orientación en el estudio y espiritualidad marianas. Señalo las tres coordenadas que,

* Ponencia en el Congreso Mariano de Huelva. Septiembre de 1992.

a mi juicio, me parecen más importantes en el campo de la espiritualidad.

1. MARÍA EN EL MISTERIO DE CRISTO

La Mariología deductiva y la piedad mariana, anteriores al Concilio, habían creado la certeza o al menos levantado la sospecha, de que María, tal y como era presentada por la doctrina católica tradicional, desplazaba a Cristo de su puesto central y creaba una deformación peligrosa en la espiritualidad cristiana. Era necesario evitar ese peligro y para ello el remedio radical consistía en hacer desaparecer la Mariología y la piedad mariana. Todos somos conscientes de los perniciosos impactos causados en nuestras comunidades cristianas por estas ideas. Todo ello se presentaba con la recta intención de salvaguardar el auténtico cristocentrismo.

El Concilio abordó indirectamente este problema. Sin bajar a la arena de las disputas teológicas centró desde el primer momento el tema mariano. El texto de Gal 4,4ss abre camino a la exposición conciliar. En él María aparece no al lado del misterio de Cristo, sino dentro de él. Esta presencia de María en el misterio de Cristo ha sido profesada a lo largo de los siglos por la Iglesia, que nunca supo hablar del hecho de la encarnación, sin mencionar a María como pieza esencial del mismo. Reza el Credo Niceno-Constantinopolitano: «El cual por nosotros los hombres y por nuestra salvación, descendió de los cielos y por obra del Espíritu Santo se encarnó de la Virgen María.» Esta es la fe de la Iglesia, que constituye la razón máxima de que los fieles honren a la Virgen María, como tradicionalmente reza el Canon de la misa romana.

De esta resituación de la figura de María en el centro mismo del misterio de la encarnación se deducían varias consecuencias. Primero: toda reflexión teológica ha de comenzar por Cristo, porque El es la palabra definitiva del Padre. En ella se desvela cuanto le precede y de ella depende cuanto la reflexión cristiana pueda decir acerca del misterio de la salvación. Pero quien se adentre con profundidad en el misterio de Cristo encontrará en el fondo de él, como cimiento insustituible de su consistencia, la figura de María, por la cual el Verbo se hace hermano y solidario de los hombres.

Recalcar la centralidad de Cristo en el misterio de la salvación lleva necesariamente a descubrir el papel de María en esa historia, porque Dios quiso contar con ella para realizar ese proyecto. «El Padre de la misericordia quiso que precediese a la encarnación la aceptación de la madre predestinada» (LG 56). El cristocentrismo, tal como aparece en

la fe de la Iglesia, no sólo no rehúsa la presencia de María, sino que la necesita para poder ser comprendido en su recta dimensión. Llevado al campo de la espiritualidad, es igualmente evidente que hay que ser marianos para ser auténticamente cristianos.

Esta conexión María-Cristo tiene una segunda consecuencia. María no puede ser comprendida, si no es en su relación con el misterio de Cristo. María no puede ser nunca un fin. Ella se sitúa en el camino que lleva necesariamente a Jesús. El antiguo adagio «Al Iesum per Mariam» tiene hoy pleno sentido. María es una figura que transparente a Jesús. Este es el sentir del Concilio cuando dice: «La Iglesia, meditando piadosamente sobre ella y contemplándola a la luz del Verbo hecho carne, llena de reverencia, entra más a fondo en el soberano misterio de la encarnación y se asemeja más cada día a su Esposo» (LG 65).

No deja de ser llamativo el contraste. El punto de mira es María, pero se termina en Cristo. Se medita sobre María, pero se conoce más a Cristo y se asemeja uno más a El. María queda así convertida en lugar de revelación, en palabra de Dios para los hombres. La contemplación de María no está dirigida sólo a la alabanza y súplica, sino a un mayor conocimiento de Cristo, que estimule a su seguimiento. Todo apunta a la más estrecha identificación con Cristo a través de María.

2. MARÍA EN EL MISTERIO DE LA IGLESIA

El afán por resaltar las prerrogativas marianas había distanciado, tal vez, excesivamente a María del común de los redimidos. Aunque nadie lo formuló así, podía dar la sensación de que Dios tenía dos planes de salvación: uno para María y otro para los hombres en general.

También en este punto fue luminoso el capítulo octavo de la LG. En su segundo número afirma la condición de redimida de María en previsión de los méritos de su Hijo. El que lo fuera de una manera singular no le excluye de la comunidad de la Iglesia, sino que la sitúa dentro de ella «como miembro excelentísimo y enteramente singular» (LG 53).

Con estas dos coordenadas: María, muy cerca de Cristo por su condición de madre y asociada a su obra, pero al mismo tiempo dentro de la Iglesia, quedaba centrada la figura de María en su trascendencia e inmanencia. Es la verdadera dialéctica del misterio de María.

De su situación en el cuerpo de la Iglesia dimanan orientaciones fecundas para la espiritualidad cristiana. María es «tipo y ejemplar acabadísimo de la misma (Iglesia) en la fe y en la caridad» (LG 53). Porque «como ya enseñó S. Ambrosio, la Madre de Dios es tipo de la

Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo» (LG 63).

La relación tipológica de María con la Iglesia crea una nueva orientación en la espiritualidad mariana. María, como miembro excelentísimo de la Iglesia, realiza en sí misma el misterio íntimo de la Iglesia. Ella también es Iglesia y lo es de una manera excepcional. Esta afirmación sólo es comprensible sobre la base de que María participa con los demás redimidos de los mismos dones, que la redención de Cristo aportó a todos los hombres. Al colocar a María al lado del hombre redimido, éste puede interpretar el misterio de María desde el suyo propio, así como conocer la sublimidad de su vocación desde la de María.

Este nuevo enfoque acorta distancias entre la figura de María y el cristianismo. María ya no está arriba, sino al lado, aunque la participación en la misma gracia de Cristo sea muy desigual. María se ha convertido en paradigma de la vocación cristiana, espejo en el que cada redimido puede contemplar la propia dignidad. También en este punto María es palabra de Dios para el hombre, porque en ella se le revela a cada hombre su ser-en-Cristo.

Cuando María es contemplada de esta manera su devoción se convierte en un reclamo hacia la renovación interior. María es una llamada a la altura, a superar las deficiencias de cada día y a tender con todo el esfuerzo posible a la santidad. Lo afirma el mismo Concilio cuando dice que la Iglesia cumple su función de madre y virgen contemplando la santidad de María e imitando su caridad.

Entroncando con una antigua tradición patristica, el Concilio ha señalado tres aspectos de la vida cristiana, que aparecen plenamente realizados en María: la fe, la caridad y la perfecta unión con Cristo. Ninguno de ellos ha sido desarrollado por la declaración conciliar, pero sus palabras son flechas, que señalan rutas nuevas. Respecto de la fe de María se indica en repetidas ocasiones su importancia en la Historia de la Salvación y sobre todo se presenta su vida como una peregrinación en la fe.

Salta a la vista que esta nueva visión de María libera a la devoción mariana de todo sentimentalismo y la convierte en acicate de una renovación interior. Peregrinar sin apartarse del camino es la esencia de la vida cristiana.

3. LA VERDADERA DEVOCIÓN ES IMITACIÓN

No se olvidó el Concilio de la devoción a María. La recomendó juntamente con su culto, pero desde las premisas anteriores puntualizó lo

que habría de ser la verdadera devoción más allá de las falsas exageraciones y de la excesiva mezquindad. «La verdadera devoción no consiste ni en un sentimentalismo estéril y transitorio, ni en una falsa credulidad, sino que procede de la fe auténtica, que nos induce a reconocer la excelencia de la madre de Dios, que nos impulsa a un amor filial a nuestra madre y a la imitación de sus virtudes» (LG 67).

Para los Padres conciliares María es «modelo de virtudes para toda la comunidad» y «por su íntima participación en la Historia de la Salvación reúne en sí y refleja en cierto modo las supremas verdades de la fe». Por eso, la Iglesia se hace más semejante a su excelso Modelo, progresando continuamente en la fe, en la caridad y buscando y obedeciendo en todo la voluntad divina» (LG 65).

La insistencia del Concilio en subrayar la obediencia de María a la palabra de Dios y su fidelidad en perseverar en ella nos lleva a afirmar que la virtud fundamental de María que el cristiano ha de imitar es la obediencia a la voz de Dios. En ella quedan incluidas todas las demás: amor, fe, esperanza, seguimiento de Cristo, etc.

Si conforme a esta orientación la devoción mariana ha de ser sobre todo apertura y sumisión a la voluntad divina, la verdadera devoción será una constante renovación del corazón. Ante la presencia de su madre, Jesús dejó bien claro que son su madre, hermanos y hermanas quienes acogen la palabra de Dios y la cumplen (cf. Mc 3,34ss). Exactamente lo mismo que dijo de su madre ante el exabrupto de la mujer espontánea que alababa a María por haberle llevado en su seno y amantado con su pecho. Mi madre es grande, porque acogió la palabra de Dios y la llevó a término (cf. Lc 11,27).

Acoger cada día la palabra de Dios es vivir a tope la conversión evangélica. Porque la palabra de Dios como espada de doble filo que entra en lo más profundo del ser humano (cf. Hebr 5,12) llama al desprendimiento radical y al seguimiento de Jesús con la mayor fidelidad posible. Si la devoción a María lleva a crear en el alma, como actitud fundamental, la obediencia en la fe, el espíritu vivirá ese proceso de renovación constante que requiera la instauración del reinado de Dios en el corazón, conforme al dicho de Jesús: el reinado de Dios llegará, si hay conversión y acogida de la palabra de Dios (cf. Mc 1,15).

El amor que brota en este contexto hacia María, componente de la verdadera devoción, no es sentimentalismo, sino el resultado del verdadero conocimiento de María. Su rica personalidad suscita en cada corazón la admiración y el amor hasta la ternura. Un amor que pone al alma de pie en actitud de seguimiento de aquella que, pionera de la fe, recorrió el camino difícil del seguimiento de Cristo... Entendida así, la devoción a María está muy lejos de toda noñez o blandenguería, que

convierte a los adultos en niños y los incapacita para la lucha de cada día, que lleva consigo acomodar la propia vida a las exigencias de la fe.

II. PABLO VI

Incomprensiblemente los años posteriores al Concilio no respondieron a las directrices trazadas. Son años de crisis tanto en lo mariológico como en lo mariano. Cayeron formas obsoletas de la piedad mariana, sin que fueran sustituidas por otras más acomodadas a las exigencias de los tiempos. Se llegó a sospechar de la devoción a María. Se envolvió en silencio su figura tanto en el campo de la reflexión teológica como en el culto y la piedad mariana.

En medio de esta crisis ejerció tenazmente su magisterio mariano el Papa Pablo VI. Su talante mariano apareció ya en el mismo Concilio con su solemne declaración de María como Madre de la Iglesia, a pesar de la negativa del mismo Concilio a la proclamación de este título. Fue un gesto valiente y audaz, que revela todo el amor del Papa Montini a María. El discurso, en que viene enmarcado ese título, es una verdadera joya de teología mariana.

La enseñanza mariana de Pablo VI está en plena sintonía con la declaración conciliar y es una mayor profundización en la misma. De sus múltiples intervenciones recojo lo que considero más importante de cara al tema que nos ocupa.

1. IMITAR A MARÍA ES IMITAR A JESÚS

La dimensión mariana del cristianismo quedó lapidariamente formulada por el Papa Pablo VI en la célebre homilía pronunciada en el santuario de Bonaria: «Si queremos ser cristianos, debemos ser marianos, es decir, debemos reconocer el vínculo esencial, vital, providencial que une a María con Jesús y que nos abre el camino que a él conduce»¹. Fue esta una idea frecuente en las exhortaciones de Pablo VI.

Pablo VI ha comprendido el puesto de María en la Historia de la Salvación. Su destino a ser madre de Dios la une tan estrechamente a su Hijo y a la Iglesia, que la constituye en clave para entender el misterio de Cristo y de la Iglesia, según el discurso pronunciado ante los padres conciliares en la clausura de la tercera sesión (n.º 23).

¹ AAS 62 (1970) 300s.

Llevado de esta intuición en la exhortación apostólica «*Signum magnum*» establece el principio de que imitar a María es imitar a Cristo. Cristo es el supremo modelo, afirma Pablo VI, pero la «imitación de María no sólo no aparta del deseo de seguir a Cristo con fidelidad, sino que lo hace más amable y fácil, porque la misma devotísima Virgen, acomodándose siempre a la voluntad de Dios, mereció oír la primera aquella alabanza, que su Hijo tributó a sus seguidores: «el que haga la voluntad de mi Padre...» (Mt 12,50)². Esta es la razón de que valga en la imitación de Cristo «per Mariam ad Iesum».

Otra forma de presentar la devoción a María como camino para llegar a Jesús es la consideración de María como discípula de Jesús. Vuelvo al discurso de la tercera sesión conciliar: «En su vida terrena realizó la perfecta figura del discípulo de Cristo, espejo de todas las virtudes, y encarnó las bienaventuranzas evangélicas proclamadas por Cristo. Por lo cual toda la Iglesia, en su incomparable variedad de vida y obras, encuentra en ella la más auténtica forma de la imitación de Cristo» (n.º 29).

Que para el Papa Pablo VI María es transparencia de Jesús es más que evidente. La devoción mariana tiene una dimensión cristológica, que lleva a una constante y profunda renovación interior. Es escuchar de labios de María el «haced lo que El os diga» (Jn 2,5), que traduce en labios maternos la invitación de Jesús: «ven y sígueme» (Mt 19,21).

2. MARÍA, MODELO DE LA IGLESIA

¿En qué sentido se puede afirmar que María es clave para entender el misterio de la Iglesia? La respuesta a esta pregunta la encontramos formulada en las mismas palabras del Papa: «su esencia íntima, la principal fuente de su eficacia santificadora, ha de buscarse en su mística unión con Cristo, unión que no podemos pensarla separada de aquella que es la madre del Verbo encarnado y que Cristo mismo quiso tan íntima unida a sí para nuestra salvación» (n.º 23).

María se muestra así como la más perfecta realización de la Iglesia. Es precisamente de esa característica de María de donde brota también su maternidad en relación a la Iglesia. «María es madre de la Iglesia no sólo porque es madre de Cristo, sino también porque refulge ante toda la comunidad de los elegidos como ejemplo de virtudes»³. En la contemplación del misterio de María el creyente puede conocer su propio

² Ib. 57 (1967) 471.

³ Ib. 467.

misterio, en cuanto miembro vivo de la Iglesia. «Porque, añade Pablo VI, es imposible honrar a la “llena de gracia” (Lc 1,28) sin honrar en sí mismo el estado de gracia, es decir, la amistad con Dios, la comunión con El, la inhabitación del Espíritu» (MC 57).

Es un acierto en la enseñanza de Pablo VI considerar la maternidad de María respecto de la Iglesia en su función educadora. Se pregunta cómo ejerce María esa maternidad eclesial, y responde que con la oración y con el ejemplo. Me parece importante esta novedad. Quien acuda a la madre en la oración no podrá menos de cuestionarse su parecido con ella y, además de considerarla como omnipotencia suplicante, la contemplará como madre educadora. Esa función maternal, poco explotada en la piedad cristiana, es enormemente importante, para no enfocar la devoción mariana como un refugio de indolentes, sino como escuela de aprendizaje en el seguimiento de Jesús, por medio de María.

Sobre la ejemplaridad de María escribió páginas bellísimas Pablo VI. En la MC la describe como ejemplo de la actividad espiritual en la celebración litúrgica, maestra de vida espiritual, dechado de todas las virtudes humanas (MC 16-22).

3. MARÍA, ESPERANZA DE LOS ANHELOS HUMANOS

Que la contemplación de María estimula la esperanza de la Iglesia lo había expresado ya el Concilio: «en ella (Mar-ía) la Iglesia admira y ensalza el fruto más espléndido de la redención y la contempla gozosamente como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser» (SC 103; cf. también LG 68).

Esta idea conciliar tuvo amplio eco en la predicación de Pablo VI. No duda en proponer a María «como espejo de las esperanzas de los hombres de nuestro tiempo» (MC 37). En un rápido recorrido por los hechos más destacados de su vida recoge actitudes suyas, que pueden ser modelo y estímulo para los anhelos de justicia, paz y cambio, que bullen en el corazón del hombre actual.

En una homilía en el día de la Asunción afirmaba: «La gloria de María no es un abismo que nos separa de ella, sino una fuente de esperanza que nos conduce a ella. Debemos cultivar esta esperanza intensa para imprimir una nota religiosa en nuestra psicología. Podremos de veras retenernos aquella que somos: candidatos a la vida eterna»⁴.

⁴ *Insegnamenti di Paolo VI*, Vn 999.

4. MARÍA Y LA MUJER

Preocupó este tema a Pablo VI y en repetidas ocasiones se ocupó de él. La MC ha resumido su pensamiento, cuando presenta el sí de María como la intervención de la mujer en la obra de los siglos, su virginidad como opción valiente para consagrarse totalmente al amor de Dios, su audacia en proclamar que Dios defiende a los pobres y oprimidos, su fortaleza en el destierro, situaciones que alentarán rectamente los corazones para secundar las energías liberadoras del hombre y de la sociedad (MC 37).

Repetía ideas parecidas a las mujeres: «Modelo finalmente de la feminidad, toda pureza, toda belleza, toda dulzura, toda fortaleza, toda bondad, todo Amor. La mujer aparece en ella reconducida a su ideal y espiritual perfección, sobreabundante de gozo íntimo y de irradiante felicidad para nuestro consuelo y nuestra esperanza»⁵.

Pablo VI pretendía en sus exhortaciones marianas suscitar en los oyentes la admiración por María, de suerte que naciese en el corazón el deseo de imitarla atraídos por su extraordinaria belleza. En una homilía en la fiesta de la Asunción invitaba a poner delante la belleza de María glorificada para grabarla en el alma. «Una belleza humana, en la cual cada uno puede reanimar el rostro conocidísimo e ideal de una verdadera madre, una belleza celeste en la que el esplendor angélico e intuitivo de la suavísima figura encanta la mirada y la redime de toda imprecisión de falsa e inferior belleza, solicitando la facultad visiva del espíritu a un esfuerzo estático, trascendental, de alegría inefable. María, la tota pulchra, punto focal de la belleza, en la cual los rayos, humildes pero puros, de la esfera terrena se encuentran con aquellos soberanos, pero hechos accesibles, de la esfera celeste: tenemos necesidad de esta belleza, para restaurar en nosotros, en nuestras mentes, y también fuera de nuestro entorno, en nuestras costumbres, la idea y el gozo, que son propios de aquello que es verdaderamente bello»⁶.

5. LA DEVOCIÓN A MARÍA FUERZA RENOVADORA

Pablo VI no duda en afirmar la eficacia renovadora de la devoción mariana en la vida cristiana. No sólo por el poder de intercesión de María, sino porque su santidad ejemplar levanta a lo alto los ojos de

⁵ OR 10-11 septiembre 1973.

⁶ OR 20-21 agosto 1973.

los fieles y así la piedad mariana se convierte en ocasión de crecimiento en la gracia divina (cf. MC 57).

Si la devoción es imitación, María es imitable no en sus circunstancias históricas, sino en el hecho de que «se adhirió total y responsablemente a la voluntad de Dios (cf. Lc 1,38); porque acogió la palabra y la puso en práctica; porque su acción estuvo animada por la caridad y por el espíritu de servicio; porque, es decir, fue la primera y más perfecta discípula de Cristo: lo cual tiene valor universal y permanente» (MC 35).

Los textos de Pablo VI podrían multiplicarse. En distintos tonos y con matices diversos, el Papa repetía las mismas ideas. A los chilenos les presentaba en esta forma la devoción a la Virgen: «una devoción auténtica a María traerá, por tanto, como fruto connatural para vosotros, chilenos, y para todos cuantos en esta fecha memorable participan de vuestro fervor mariano, un creciente empeño de servicio al Evangelio, con verdadero afán de llevar a todos los hombres el mensaje de salvación y edificar solidariamente, entre los liberados en Cristo, el Reino de Dios»⁷.

Mucho contribuyó Pablo VI a superar la crisis, que afectó a la devoción mariana en los años del postconcilio. Su doctrina, en sintonía perfecta con la del Concilio, es un intento de renovación de la piedad mariana y sus fundamentos teológicos sin caer en exageraciones ni mezquindades. María lleva al creyente a una vivencia profunda de su fe, porque le abre el camino para adentrarse en el misterio de Cristo y de la Iglesia. La devoción no es sentimentalismo, sino deseo sincero de imitar a María sobre todo en el compromiso central de su vida, que es aceptar la voluntad del Padre y cumplirla.

La devoción mariana es acicate para la santificación personal y para el apostolado en el servicio al Reino.

III. JUAN PABLO II

La devoción tierna y al mismo tiempo profunda de Juan Pablo II a María es de sobra conocida. Su doctrina mariana es riquísima. Enraizada plenamente en el Concilio Vaticano II, como la de Pablo VI, se puede decir que en ella adquiere un nuevo desarrollo la mariología conciliar.

⁷ OR 25-26 noviembre 1974.

1: MARÍA CONDUCE A CRISTO

Juan Pablo II ve a María tan íntimamente unida a Cristo, y a su vez a Cristo con María, que llega a decir que «sólo en el misterio de Cristo se esclarece plenamente su (de María) misterio» (RM 4), y que «en el orden actual de la Providencia no se puede pensar en el Dios encarnado sin la Virgen María»⁸.

Esta unión mutua le lleva a considerar a María como camino hacia Cristo. Por ello exhortaba a los sacerdotes a que presentasen a María como camino para llegar a Cristo⁹. Y la razón profunda de esta invitación es que María con su vida nos presenta a Cristo, verdad y vida segura, cuyo seguimiento nos hace crecer en la virtud de la fe, la esperanza y la caridad¹⁰. María es para Juan Pablo II «exégesis vivida del Evangelio»¹¹.

Es claro que en esta perspectiva la devoción a María es un fuerte impulso hacia el conocimiento e imitación de Cristo. Lo proclamaba en Chile el Papa: «María nos exhorta siempre a ser fieles al Evangelio, como ella lo fue, pues su vida es un testimonio de fidelidad a la palabra y a la voluntad del Padre»¹².

2. MARÍA Y LA VOLUNTAD DEL CRISTIANO

La RM (n.º 1) afirma expresamente que María entra, aunque de una manera especial, en el único plan de salvación que describe Ef 1,3ss y que abarca a todos los hombres. Ella es la realización perfecta de ese proyecto divino. Por eso cada cristiano puede contemplar en María su propia vida¹³.

Ella es la personificación del verdadero discípulo. «En María se realiza plenamente el Evangelio. Nuestra Señora es miembro excelentísimo, tipo y ejemplar acabadísimo de la Iglesia. Ella es la primera cristiana, anuncio y don de Jesucristo su Hijo, plenitud de las bienaventuranzas, imagen perfecta del discípulo de Jesús»¹⁴. Hablando de este

⁸ *Discurso al Congreso de estudio sobre la RM*: Mar 50 (1988) 63.

⁹ *Homilía en Zapopan (Guadalajara, México)*: AAS 71 (1979) 231.

¹⁰ *Al Cardenal Macharski, delegado pontificio en Kävelar*: Insegnamenti de Giovanni Paolo II, X3, 171.

¹¹ *Discurso al Congreso de estudio sobre la RM*: Mar 50 (1988) 10.

¹² *Homilía en la Serena (Chile)*: Inseg X/1 1080.

¹³ *Homilía en S. Pedro en la vigilia del sínodo de los laicos*: Inseg X/3 994.

¹⁴ *En el Santuario de la Virgen de Suyapa*: AAS 75 (1983) 751.

mismo tema en otra ocasión añade que «la identidad más profunda del discípulo está en el servicio a la Iglesia, en transmitir a todos los hombres el mensaje de la salvación»¹⁵.

De estas premisas fluye como una consecuencia palmaria la ejemplaridad de María para todos los estamentos de la sociedad, sacerdotes, religiosos, casados, jóvenes... Su contemplación no le deja al hombre en la atonía de una vida vulgar, sino que le impulsa a la fidelidad en el cumplimiento de la propia vocación.

En una exhortación a los jóvenes en Lourdes les hablaba de las enseñanzas de María: a creer en el amor de Dios, a superar las dificultades de la vida, a amar al prójimo, a seguir a Cristo, a orar, etc.¹⁶.

3. MARÍA Y LA MUJER

Párrafo aparte merece el tema de la mujer en la mariología de Juan Pablo II. Su naturaleza y dignidad quedan esclarecidas y sublimadas por María, como virgen, madre y esposa. Son muchos los documentos en los cuales se aborda este tema: RM, MD y en otros. María es la mujer nueva, en la cual debe reconocer cada mujer su papel en la sociedad y en la Iglesia. A su vez, cada cristiano debe ser capaz de descubrir en cada mujer el rostro de María. «En ella Dios ha revelado los rasgos de un amor maternal, la dignidad del hombre llamado a la comunión con la Trinidad, el esplendor de la mujer que toca así el vértice de lo humano en su belleza sobrenatural, en su sabiduría, en su entrega, en la colaboración activa y responsable con que se hace sierva del misterio de la redención»¹⁷.

4. MARÍA Y LA IGLESIA

No ha sido desatendido por Juan Pablo II este tema. Aflora en sus escritos con frecuencia. En la presentación que hacía él mismo del año mariano a los alumnos de las universidades romanas les decía: «Hilo conductor de este año mariano son las palabras de la "Lumen Gentium", citadas más de una vez en la encíclica: María es figura de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo»¹⁸.

¹⁵ *Al VIII Congreso Mariológico y XV Mariano en Zaragoza*: AAS 71 (1979) 1491.

¹⁶ *Inseg VI/2* 233.

¹⁷ *En el Santuario de la Virgen de Suyapa*: AAS 75 (1983) 752.

¹⁸ *Inseg X/3* 1418.

De una manera especial el Papa ha querido proponer como tema de reflexión durante el Adviento, con que nos preparamos para la celebración del año 2000, la peregrinación de María en la fe. La idea es plenamente conciliar. El desarrollo de Juan Pablo II profundiza la escueta afirmación del Concilio: «Así avanzó también la santísima Virgen en la peregrinación de la fe» (LG 58). «En las presentes reflexiones, escribe Juan Pablo II, sin embargo, quiero hacer referencia sobre todo a aquella “peregrinación de la fe” en la que “la santísima Virgen avanzó”, manteniendo fielmente su unión a Cristo. De esta manera, aquel *doble vínculo*, que une a la madre de Dios *a Cristo y a la Iglesia*, adquiere un significado histórico. No se trata aquí sólo de la historia de la Virgen Madre, de su personal camino de fe y de la “parte mejor”, que ella tiene en el misterio de la salvación, sino además de la historia de todo el pueblo de Dios, *de todos los que forman parte* en la misma *peregrinación de la fe*» (RM 8).

Juan Pablo II ha colocado a María en el camino polvoriento y dificultoso de la fe por donde va peregrino todo hombre. María vive las mismas dificultades en la oscuridad de la fe ante el misterio. Su caminar es luz. Deja huella y marca el camino. Marchar a su lado es tensar el alma en actitud de obediencia ante la palabra de Dios, que siempre es misteriosa.

El hecho de proponer esta peregrinación de la fe como tema de meditación en el adviento del año 2000 está diciendo a gritos que María impulsa la renovación interior mediante la purificación de la Iglesia. La fe de María se convierte así en estímulo de renovación de la vida de fe en todo el pueblo de Dios.

5. LA VERDADERA DEVOCIÓN

La enfocaba así Juan Pablo II en Tegucigalpa: «¡Escuchar y vivir la palabra! He aquí el secreto de una devoción a la Virgen, que nos permite participar plenamente de su amor maternal, hasta que ella pueda formar, en cada uno de nosotros, a Cristo.» En consecuencia señala el Papa como frutos de la verdadera devoción rechazar lo que es contrario al Evangelio: odios, injusticias, violencias, falta de trabajo, imposición de ideologías que rebajan la dignidad del hombre y fomentar lo que agrada al Padre: caridad, ayuda mutua, educación en la fe, promoción de los pobres, respeto a todos... «Porque no se puede invocar a María como Madre despreciando o maltratando a sus hijos»¹⁹.

¹⁹ ASS 75 (1983) 753.

Partiendo de lo que es la columna vertebral de la espiritualidad de María: su acogida y seguimiento de la voluntad de Dios, el Papa plantea todo un programa de vida evangélica a la que tiene que llevar necesariamente la devoción mariana. Porque devoción es sobre todo imitación caminando con la madre hacia esa voluntad de Dios: norte de toda vida auténticamente humana.

IV. DEVOCION MARIANA Y RENOVACION INTERIOR

Asistimos en los años del postconcilio a un cierto redescubrimiento de la figura de María dentro del plan de salvación. Su relación con el misterio de Cristo y de la Iglesia la convierten en pieza clave para entender los dos misterios. De esta manera María se convierte también en palabra de Dios, donde el creyente puede descifrar el misterio de su vida.

El hecho de que María sea lugar de revelación, exégesis viva del Evangelio, hacen de ella un elemento esencial para la comprensión y práctica de la fe. Situada muy cerca de Cristo, pero sin dejar de ser humana, invita a los hombres a hacer lo que El diga (cf. Jn 2,5). La columna vertebral de su espiritualidad fue el cumplimiento de la voluntad de Dios, a la que se entregó con toda la fuerza de su yo virginal y juvenil en la Anunciación. Fue la consagración personal para toda la vida. Si Jesús condensó en esa actitud toda la grandeza de su madre (cf. Lc 21,27), el devoto de María tiene que aceptar esa misma perspectiva. Imitar a María es abrirse a la palabra de Dios, pronunciada ininterrumpidamente en los acontecimientos de cada día, rumiada en el silencio del corazón a la luz de la fe.

Esta es la razón de que la devoción a María sea crecimiento de todas las virtudes cristianas, que en el fondo no son más que distintos aspectos del cumplimiento de la voluntad divina. Ella es nueva encarnación del Evangelio, no en una naturaleza hipostáticamente unida a la divinidad, sino accidentalmente por medio de la inhabitación del Espíritu Santo como todos los redimidos.

Su peregrinación en la fe, sin los gozos y luces de la visión intuitiva o de la ciencia infusa, como era inclinada a creer una fuerte corriente de teología mariana anterior al Concilio, y por otra parte con los problemas que surgen de la oscuridad de la fe, propios del hombre de todos los tiempos, ha colocado a María a la cabeza de cuantos en su vida recorren el difícil camino de la fe. María no es la madre entronizada, que acoge la súplica del hijo necesitado, sino más bien la compañera, que se pone a su lado para enseñarle el camino y estimularle con su ejemplo.

Esta concepción de María, peregrina de la fe, sin excluir la súplica ardiente y confiada, invita al esfuerzo de caminar sin descanso en el seguimiento de Jesús. La devoción anterior al Concilio impulsaba al creyente a hincarse de rodillas ante María, como omnipotencia suplicante. La renovada pone en manos del devoto el cayado de peregrino y le anima a caminar.

Uno de los problemas del hombre contemporáneo es la huida de todo compromiso formal, que ate su vida a algo o a alguien. Se quiere vivir del momento, sin más pretensiones que apurar la copa del placer hasta el final. María, la mujer audaz en creer y firme en perseverar hasta el final entre duras pruebas, es un desafío a la cobardía del hombre moderno y una luz que revaloriza el valor de una vida seriamente comprometida por un gran ideal.

El sin-sentido de la vida, con sus secuaces de la náusea, la tristeza, la apatía, la desilución, etc., es claramente un mal de la sociedad consumista. Así lo reflejan las encuestas frecuentes. La devoción mariana, bien entendida, puede ser un remedio eficaz a esta enfermedad endémica. María, situada en el horizonte de la vida al lado de Cristo glorioso, es un faro que orienta para buscar la bocana del puerto a cuantos bracean desesperados en el oleaje de la vida. Su ascensión a los cielos es la respuesta alegre y luminosa al gran interrogante del hombre: cuál es el sentido de la vida, hacia dónde camina la historia.

Su glorificación confirma la palabra de Jesús: «voy a prepararos un lugar. Y cuando vaya y os prepare un sitio, vendré de nuevo a llevaros a mi casa, para que donde esté yo estéis también vosotros» (Jn 14,2s). El cumplimiento de esa palabra en María es una señal de que también en nosotros se cumplirá, porque desde el bautismo llevamos en nosotros el mismo germen de inmortalidad. María, glorificada, es figura sugestiva, que despierta la esperanza cristiana y alienta al creyente en los momentos difíciles de la vida.

Un matiz importante de la nueva devoción es la mayor aproximación de María a los problemas e inquietudes del hombre. El mejor conocimiento del Evangelio, así como del ambiente social en que se desarrolló la vida de María, han facilitado una visión de su persona más humana y más real. Tal vez el hombre actual se sienta más movido a apreciar los valores humanos de María que a ensalzarla con superlativos y rodearla de luces y de flores. María es hoy la aldeana de Nazaret, herida por el trabajo duro del hogar, esposa fiel y enamorada, cumplidora de su deber. En la pobreza cultural de una aldea sin nombre ni fama realiza en la monotonía vulgar de cada día la trascendencia de su vocación. Basta asomarse a las páginas del libro *Cien retratos de María* para

comprobar que las virtudes admiradas por los encuestados son: la fe, la sencillez, el anhelo de justicia, humildad, equilibrio humano, fortaleza, sí constante al designio de Dios, atención y entrega a los demás, dulzura, transparencia, etc.²⁰.

Las orientaciones del Vaticano II no han caído en el vacío. Repetidas y renovadas por el magisterio de la Iglesia y la Mariología postconciliar han creado una forma nueva de espiritualidad mariana. En ella predomina una concepción de María, que, sin ocultar su grandeza, ha sabido descubrir sus valores humanos. Hoy María no es un maniquí al que se viste de todas las virtudes evangélicas, sino una mujer de carne y hueso, que adelantó en su vida los valores del reino. María es evangelio en vivo. A su trasluz el Evangelio adquiere un nuevo atractivo.

Plateada sobre estos rieles, la devoción mariana es una llamada constante a la conversión y a la santidad. Va desapareciendo de la pastoral la predicación fundada en ejemplos, más o menos históricos, que parecían reducir la devoción a María en una serie de prácticas piadosas, que garantizaban la salvación. Hoy la predicación insiste en presentar a María como la verdadera discípula de Cristo, que invita a su seguimiento.

Este nuevo planteamiento no puede menos de fomentar en el creyente una constante y profunda renovación. Vivir la devoción mariana es plantearse la vida como fidelidad al único compromiso, que puede llenar los anhelos del corazón humano: hacer la voluntad de Dios. Lema de aquel que es hoy y será siempre el superhombre: Jesús de Nazaret, el hijo de María.

²⁰ R. M. LÓPEZ MELUS, *Cien retratos de María*, Amascar, Onda, Castellón 1985.